

Martin Heidegger

CONSTRUIR, HABITAR, PENSAR*

En lo que sigue, intentamos pensar sobre el habitar y construir. Éste pensar sobre el construir no se arroga la pretensión de encontrar pensamientos constructivos, o dar reglas al construir. Este intento de pensamiento no concibe el construir, en general, desde el arte de la construcción y de la Técnica, sino que retrotrae el construir al ámbito, al que pertenece todo lo que *es*.

- Preguntamos: 1. ¿Qué es el habitar?
2. ¿Hasta qué punto pertenece el construir al habitar?

I

En el habitar, al parecer, ingresamos ante todo por medio del construir. Este, el construir, tiene por meta a aquél, el habitar. Pero además, no todas las construcciones son también habitaciones. Puente y hangar, estadio y central eléctrica, son construcciones, pero no habitaciones; estación de ferrocarril y autopista, dique y mercado cubierto son construcciones, pero no habitaciones. Empero, las citadas construcciones están en el ámbito de nuestro habitar, que alcanza más allá de esas construcciones y no se limita tampoco a la habitación. El conductor de un camión de carga está en la autopista como en su casa, pero no tiene allí su hospedaje; la trabajadora está en la hilandería como en su casa, empero, no tiene allí su habitación; el ingeniero director está en la central eléctrica como en su casa, pero no habita allí. Las citadas construcciones domicilian al hombre; éste las habitúa, pero no habita en ellas, si habitar sólo quiere decir que nosotros poseamos un alojamiento. Por cierto que en la actual crisis habitacional ocupar uno es ya tranquilizador y alegre; la construcción de viviendas permite perfectamente alojamientos; las habitaciones pueden estar, incluso, bien repartidas, organizadas para facilitar la vida práctica, deseablemente baratas, estar abiertas al aire, luz y sol; pero, ¿las habitaciones albergan ya en sí la fianza de que acontece un *habitar*? Sin embargo, aquellas construcciones que no son habitaciones, quedan determinadas, por su parte, desde el habi-

*Ensayo incluido en: Martin Heidegger, *Vorträge und Aufsätze*, (Pfullingen: Günther Neske, 1954).

tar, en cuanto que sirven al habitar del hombre. Así, pues, sería el habitar, en todos los casos, el fin que preside a todas las construcciones. Habitar y construir están mutuamente en la relación de fin y medio. Sólo que mientras nosotros opinemos de esa manera, tomamos el habitar y construir por dos actividades separadas y con ello concebimos algo correcto. Pero, al mismo tiempo, con el esquema-medio-fin nos cerramos el camino hacia los rasgos esenciales. Pues, construir no es sólo medio y camino para el habitar; el construir es en sí mismo, ya habitar. ¿Quién nos dice eso? ¿Quién nos da, en general, una medida con la que calibrar la esencia de habitar y construir? El aliento sobre la esencia de una cosa viene hacia nosotros del habla, suponiendo que prestemos atención a su propia esencia. Entretanto, hace furor ciertamente en torno a la Tierra un desenfrenado y, al mismo tiempo, diestro decir, escribir y emitir dichos. El hombre se comporta como si *él* fuera el formador y patrón del habla [Sprache], siendo así que *éste* sigue siendo el señor del hombre. Entre todas las inversiones impulsadas por el hombre, quizás sea *esta* inversión de la relación de señorío, lo que empuja a la esencia humana hacia lo desazonador. Que nosotros mantengamos el esmero en el hablar es bueno, pero no ayudará nada mientras utilicemos, a pesar de ello, al habla como un medio al servicio de la expresión. Entre todos los alientos [Zusprüche] que nos podrían llevar desde nosotros mismos *con* el hablar [Sprechen], es el habla [Sprache] el más elevado y, por doquiera, el primero.

Entonces, ¿a qué se llama construir? La palabra del alto alemán medieval para construir [bauen], »buan«, significa habitar. Esto quiere decir: permanecer, mantenerse. La significación propia del verbo construir, o sea, habitar, se nos ha extraviado. Una huella encubierta ha sido conservada todavía en la palabra »Nachbar« [vecino]. El Nachbar es el »Nachgebur«, el »Nachgebauer«, aquél que habita en las cercanías [Nähe]. Los verbos buri, büren, beuren, beuron, significan todos el habitar, el hogar. Entonces nos dice ciertamente la vieja palabra buan no sólo que construir es propiamente habitar, sino que nos da al mismo tiempo una señal sobre cómo tendríamos que pensar el habitar nombrado por ella. Habitualmente, cuando se habla del habitar, nos representamos un comportamiento que ejecuta el hombre junto a otros muchos modos de comportarse. Trabajamos aquí y habitamos allá. No habitamos simplemente, eso sería casi inactividad, tenemos una profesión, hacemos negocios, viajamos y en el camino, habitamos ya aquí, ya allí. Construir quiere decir originariamente habitar. Cuando la palabra construir habla todavía originariamente, dice, al mismo tiempo, *hasta qué punto* está lograda la esencia del habitar. Bauen, Buan, bhu, beo es, pues, la palabra alemana »bin« [soy] en los giros: ich bin [yo soy], du bist [tú eres], el imperativo bis [sé tú]. ¿Qué significa entonces ich bin? La

vieja palabra *bauen*, a la que pertenece el »bin«, nos responde: »ich bin«, »du bist« significa: yo habito, tú habitas. El modo como tú eres y yo soy, la manera según la cual somos los hombres sobre la Tierra, es el Buan, el habitar. Ser hombre quiere decir: ser como mortal sobre la Tierra, quiere decir: habitar. La vieja palabra *bauen* dice que el hombre *es* en cuanto *habita*; pero esta palabra significa *al mismo tiempo*: cuidar y cultivar, a saber, cultivar [*bauen*] el campo, cultivar [*bauen*] viñas. Tal construir [cultivar: *bauen*] sólo protege, a saber, el crecimiento, lo que por sí mismo madura sus frutos. Construir en el sentido de cuidar y cultivar no es producir. La construcción naval y de templos produce, en cierto modo, su misma obra. El construir es aquí, a diferencia del cultivar, un edificar. Ambos modos del construir —construir como cultivar, en latín *colere*, cultura, y construir como edificar construcciones, *aedificare*— están contenidos en el construir auténtico, en el habitar. El construir como habitar, esto es, ser sobre la Tierra, queda para la experiencia cotidiana del hombre, como lo dice felizmente el lenguaje, de antemano como lo »habitual«. Por eso está retraído tras los múltiples modos en los que se realiza el habitar, detrás de las actividades del cultivar y edificar. La consecuencia es que estas actividades reclaman como exclusivo de ellas el término construir y con ello el asunto del construir. El sentido propio del construir, a saber, el habitar, cae en olvido.

Este acontecimiento parece primeramente como si sólo fuera un proceso dentro del cambio de significación de meras palabras. Sin embargo, en ello se oculta, en verdad, algo decisivo, a saber: no se experimenta el habitar como el ser del hombre; el habitar no es pensado jamás, ni en absoluto, como el rasgo fundamental del ser-hombre.

Que el habla retrotome, por decirlo así, la significación propia de la palabra construir, el habitar, atestigua, empero, lo originario de esta significación; pues, en palabras esenciales del habla cae fácilmente en olvido lo propiamente dicho por ellas, a favor de lo mentado superficialmente. El misterio de este proceso aún apenas lo ha meditado el hombre. El habla retira al hombre su hablar sencillo y elevado. Pero, con eso no enmudece su aliento primigenio, sólo calla. Por cierto que el hombre omite prestar atención a ese callar.

Sin embargo, si nosotros oímos lo que el habla dice en la palabra *bauen* [construir], entonces percibimos tres cosas:

1. Construir es propiamente habitar.
2. Habitar es el modo como son los mortales sobre la Tierra.
3. El construir como habitar se despliega en el construir que cuida, a saber, el crecimiento, y en el construir que edifica construcciones.

Si meditamos eso triple, entonces acogemos una señal y observamos lo que sigue: lo que sea en su esencia el edificar construcciones, no podemos ni siquiera *preguntarlo* suficientemente, para no hablar de decidir con conocimiento de causa, mientras no pensemos que todo construir es en sí un habitar. Habitamos no porque hayamos construido, sino que construimos y hemos construido, en cuanto habitamos, esto es, *en cuanto* somos *los habitantes*. Pero, ¿en qué consiste la esencia del habitar? Oigamos una vez más el aliento del lenguaje: la palabra del antiguo sajón »wunon«, la gótica »wunian«, significan, igual que la vieja palabra, bauen, el permanecer, el mantener-se. Pero, la gótica »wunian« dice más claramente cómo es experimentado este permanecer. Wunian significa: estar contento, llevado a la paz, permanecer en ella. La palabra Friede [paz] mienta lo Freie [libre], lo Frye, y fry significa: custodiado de daño y amenaza, custodiado-ante... esto es, protegido. Freien [liberar] significa propiamente proteger. El proteger mismo no consiste sólo en que nosotros no hagamos nada contra lo protegido. El proteger auténtico es algo *positivo* y acontece cuando, de antemano, dejamos algo en su esencia, cuando rétro-albergamos algo propiamente en su esencia, lo que corresponde a la palabra freien: circundar [einfrieden]. Habitar, ser llevado a la paz, significa: permanecer circundado en lo Frye, esto es, en lo Freie [libre], que protege a todo en su esencia. *El rasgo fundamental del habitar es este proteger*. Atraviesa al habitar en toda su amplitud. Esta se nos muestra tan pronto como pensemos que el ser-hombre descansa en el habitar y, ciertamente, en el sentido de la morada de los mortales sobre la Tierra.

Pero »sobre la Tierra« quiere decir ya »bajo el Cielo«. Ambos mientan *también* »permanecer ante los divinos« e incluye un »perteneciendo a la comunidad de los hombres«. Por una *originaria* unidad se copertenecen en uno los cuatro: Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales.

La Tierra es la portadora servidora, la fructificadora floreciente, que se expande en rocas y manantiales, que brota por plantas y animales. Cuando decimos Tierra, entonces copensamos ya los otros tres, pero no meditamos el despliegue-unitario de los cuatro.

El Cielo es la marcha abovedante del Sol, el curso de la Luna, cambiante de figura, el brillo chispeante de las Estrellas, las estaciones del año y su tránsito, luz y tinieblas del día, oscuro y claro de la noche, lo hópito e inhópito de las temperies, paso de las nubes y profundo azul del Eter. Decimos Cielo, entonces copensamos los otros tres, pero no meditamos el despliegue-unitario de los cuatro.

Los Divinos son los mensajeros señalantes de la Deidad. Del sagrado imperar de ellos aparece el Dios en su presente o se retira en su embozamiento.

Nombramos los Divinos, entonces copensamos ya los otros tres, pero no meditamos el despliegue-unitario de los cuatro.

Los Mortales son los hombres. Se llaman los Mortales porque tienen el poder de morir. Morir quiere decir, tener el poder de la muerte *en cuanto* muerte. Solamente muere el hombre y, ciertamente, mientras y en tanto que permanece sobre la Tierra, bajo el Cielo, ante los Divinos. Nombramos los Mortales, entonces copensamos ya los otros tres, pero no meditamos el despliegue-unitario de los cuatro.

A este despliegue unitario lo llamamos *lo cuadrante* [*das Geviert*]. Los mortales *son* en lo cuadrante, *habitando*. Pero, el rasgo fundamental del habitar es el proteger. Los mortales habitan de manera que ellos protegen lo cuadrante en su esencia. Según eso, el proteger habitante es cuádruple.

Los mortales habitan en cuanto salvan la Tierra; tomada la palabra salvar en el viejo sentido, que conocía aún Lessing. La salvación no es solamente quitar un peligro; salvar significa propiamente: liberar algo en su propia esencia. Salvar a la Tierra es más que sacarle provecho o, pues, trabajarla excesivamente. El salvar a la Tierra no domina a la Tierra y no hace esclava a la Tierra, de donde sólo hay un paso hasta la explotación sin límites.

Los mortales habitan en cuanto acogen al Cielo en cuanto Cielo. Dejan su curso al Sol y a la Luna, su ruta a las Estrellas, a las estaciones del año su bendecir y su inclemencia, no convierten la noche en día y el día en fatiga llena de ajetreos.

Los mortales habitan en cuanto esperan a los Divinos en cuanto Divinos. Esperando, mantienen contrapuesto a ellos, lo inesperado. Aguardan la señal de su llegada y no desconocen los indicios de su falta. No se hacen sus dioses y no practican el culto de ídolos. En la desgracia esperan aún la gracia retraída.

Los mortales habitan en cuanto que a su propia esencia, que es tener el poder de la muerte en cuanto muerte, la conducen hacia el uso de ese poder para que sea una buena muerte. Los mortales guiados hacia la esencia de la muerte no significa, de ningún modo, poner como meta la muerte en cuanto vacía nada; tampoco mienta el entenebrece el habitar por medio de un ciego poner la vista en el fin.

En el salvar a la Tierra, en el acoger al Cielo, en el esperar a los Divinos, en el guiar de los Mortales, se acontece el habitar en cuanto cuádruple proteger de lo cuadrante. Proteger quiere decir: custodiar lo cuadrante en su esencia. Lo que es tomado en custodia tiene que ser albergado. Pero, ¿dónde guarece el habitar su esencia, cuando lo cuadrante la protege? ¿Cómo realizan los mortales el habitar en cuanto este proteger? Los mortales no tendrían ese poder jamás si el habitar sólo fuera una morada sobre la Tierra, bajo el Cielo,

ante los Divinos, con los Mortales. El habitar es más bien siempre ya una morada junto a [bei] las cosas. El habitar como proteger guarece lo cuadrante en donde los mortales se mantienen: en las cosas.

Sin embargo, la morada junto a las cosas es el mencionado despliegue cuádruple del proteger, no como algo quinto, solamente añadido; por el contrario: la morada junto a las cosas es el único modo como se realiza unitariamente, en cada caso, la morada cuádruple en lo cuadrante. El habitar protege lo cuadrante, llevando su esencia a las cosas. Mas, las cosas mismas albergan lo cuadrante, *sólo si* y cuando ellas mismas *en cuanto* cosas son dejadas en su esencia. ¿Cómo ocurre eso? De modo que los mortales dispensan sumos cuidados a las cosas crecederas y a las cosas que no crecen las edifican propiamente. El cuidar y el edificar es el construir en sentido estricto. *El habitar* es, en tanto guarece lo cuadrante en las cosas, en cuanto tal guarecer, *un construir*. Con ello hemos llegado al camino de la segunda pregunta:

II

¿Hasta qué punto pertenece el construir al habitar?

La respuesta a esta pregunta nos aclara lo que es propiamente el construir, pensado desde la esencia del habitar. Nos limitamos al construir en el sentido de edificar cosas y preguntamos: ¿qué es una cosa construida? Como ejemplo sirva a nuestra meditación un puente.

El puente oscila »ligero y fuerte« sobre el río. No une solamente las orillas ya ahí existentes. En el tránsito por el puente se destacan las orillas ante todo como orillas. El puente las deja sobresalir propiamente una frente a otra. El otro lado está separado de éste por medio del puente. Las orillas tampoco trazan, como indiferentes líneas fronterizas, la tierra firme a lo largo del río. El puente, con las orillas trae en cada caso al río, una y otra amplitud de la región de atrás de las orillas. El trae río y orillas y país en la vecindad recíproca. El puente *recolecta* la Tierra como comarca en torno al río. Así la conduce a través de las praderas. Los pilares del puente soportan, reposando en el lecho del río, el alzado de los arcos, que dejan al agua del río su carril. Ya corran las aguas tranquila y alegremente, ya choquen los torrentes del Cielo en el temporal o el deshielo en olas gigantescas, contra los arcos de los pilares, el puente está ya preparado para las temperies del Cielo y su ser cambiante. También allí donde el puente cubre al río, tapa él su riar al Cielo, de manera que él lo acoge por un momento en el ojo del arco y lo deja libre nuevamente.

El puente deja al río su curso y, al mismo tiempo, guarece para los mortales su camino, por el que andan y viajan de país en país. Puentes conducen de

múltiples maneras. El puente de la ciudad lleva del recinto del castillo a la plaza-catedral. El puente de río lleva coches y carros de la capital de provincia a las aldeas aledañas. El insignificante paso de arroyo del viejo puente de piedra da al carro-para-transportar-gavillas su camino desde la campiña hacia la aldea, lleva al carro de leña desde el camino vecinal hasta la carretera. El puente de la autopista está entramado en la red de líneas del servicio directo, calculado y, en lo posible, rápido. Siempre y en cada caso de manera distinta, conducen puentes de acá para allá, los lentos y presurosos caminos de los hombres, llevándolos a la otra orilla y, finalmente, en cuanto mortales, al otro lado. El puente, ya de arcos elevados, ya planos, oscila sobre ríos y desfiladeros; que los mortales retengan en la atención o que olviden lo superoscilante del viaducto del puente, puesto que están siempre ya en camino hacia el último puente y en base a eso consideren sobrepasar lo habitual y desgraciado de ellos, para traerse ante la gracia de lo divino. El puente *colecta*, en cuanto el tránsito superoscilante, frente a lo divino. Su *presenciar* podría ser meditado [bedacht] propiamente y visiblemente *agradecido* [bedankt], como en la figura del santo protector del puente, o podría quedar descompuesta o, incluso, echada a un lado.

El puente *recolecta* junto a sí a *su* modo, Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales.

Según una vieja palabra de la lengua alemana, recolección se dice »thing«. El puente es —y ciertamente, *en cuanto* la señalada recolección de lo cuadrante— una cosa [Ding]. Se opina con gusto que el puente es ante todo y propiamente un *mero* puente y nada más. Posterior y ocasionalmente, él podría expresar distinto tipo de cosas. Como una de tales expresiones él se convierte después en símbolo, por ejemplo, para todo lo que hace un rato fue nombrado. Pero el puente, cuando es un puente legítimo, nunca es primeramente simple puente y tras eso un símbolo. El puente tampoco es de antemano sólo un símbolo, en el sentido de que expresa algo, que, estrictamente tomado, no le pertenece. Si nosotros tomamos el puente estrictamente, no se muestra jamás como expresión. El puente es una cosa y *sólo esto*. ¿Sólo? En cuanto cosa recolecta lo cuadrante.

Por cierto que nuestro pensar está acostumbrado desde antaño a avaluar la esencia de cosa *demasiado pobremente*. Esto ha tenido por consecuencia, en el curso del pensar occidental, que se conciba la cosa como una X desconocida, que está adherida de propiedades perceptibles. Visto desde allí, por cierto que nos aparece todo *lo que pertenece a la esencia recolectadora de esta cosa*, como un añadido suplementariamente inter-pretado. Entretanto, el puente no sería nunca un mero puente si no fuera una cosa.

El puente es, por cierto, una cosa de tipo *peculiar*; pues recolecta lo cua-

drante de manera tal que le localiza [verstattet] un paraje [Stätte]. Pero, sólo lo que *él mismo* es un *lugar* puede espaciar un paraje. El lugar no está ya ahí antes del puente. Ciertamente, antes de que el puente esté, hay muchos sitios a lo largo del río que podrían ser ocupados por algo. Uno entre ellos se da como un lugar y, por cierto, *por el puente*. Así, pues, el puente no llega a estar primeramente dentro de un lugar, sino que desde el puente mismo surge ante todo un lugar. El es una cosa, recolecta lo cuadrante, pero recolecta de tal manera que localiza a lo cuadrante un paraje. Desde este paraje se determinan sitios y caminos, por medio de los cuales se espacia un espacio.

Cosas que son lugar de tal manera, localizan, en cada caso, ante todo, espacios. Lo que nombra esta vieja palabra »espacio«, lo dice su vieja significación. Espacio [Raum], Rum, se llama al sitio libre para colonización y lecho. Un espacio es algo espaciado, liberado, a saber, en un límite, en griego $\pi\acute{\epsilon}\rho\alpha\varsigma$. El límite no es aquello en donde algo acaba, sino, como conocieron los griegos, el límite es aquello desde donde algo *comienza su ser*. Por eso el concepto es $\sigma\acute{\rho}\iota\delta\mu\acute{o}\varsigma$, esto es, límite. Espacio es esencialmente lo espaciado, introducido en su límite. Lo espaciado, en cada caso, es localizado y así tramado, esto es, recolectado por medio de un lugar, esto es, por medio de una cosa de tipo puente. *Según eso, reciben los espacios su esencia de lugares y no de »el« espacio.*

Cosas que, en cuanto lugares, localizan un paraje, las llamamos nosotros ahora, anticipadoramente, construcciones. Se llaman así porque son producidas por medio del construir edificador. Sin embargo, de qué clase tiene que ser este producir, a saber, el construir, lo experimentaremos, sobre todo, si hemos meditado previamente la esencia de aquellas cosas que desde sí mismas y para su confección exigen el construir como producir. Estas cosas son lugares, que localizan un paraje en lo cuadrante, el cual paraje, en cada caso, espacia un espacio. En el ser de estas cosas como lugares yace el vínculo entre lugar y espacio, pero yace también la referencia del lugar al hombre, que se mantiene en él. Por eso, ahora intentamos nosotros aclarar el ser de estas cosas que llamamos construcciones, de manera que meditamos brevemente lo que sigue.

De un lado: ¿En qué relación están lugar y espacio? Y, de otro, ¿cuál es la relación entre hombre y espacio?

El puente es un lugar. En cuanto tal cosa localiza un espacio, en el que son introducidos Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales. El espacio, localizado por el puente, contiene distintos sitios de diferente cercanía y lejanía al puente. Ahora bien, estos sitios se pueden avaluar como simples localizaciones, entre las que hay una distancia medible; una distancia, en griego, un $\sigma\tau\acute{\alpha}\delta\iota\omicron\nu$, está siempre espaciada y, ciertamente, por simples sitios. Lo así

espaciado por sitios es un espacio de tipo peculiar. El es, en cuanto distancia, en cuanto stadion, lo que nos dice en latín la misma palabra que *stadium*, un »spatium«, un intervalo. Así, podrían convertirse cercanía y lejanía entre hombres y cosas en simples alejamientos, en distancias de intervalo. En un espacio que es concebido únicamente como *spatium*, aparece ahora el puente como un simple algo en un sitio, el cual puede ser ocupado por cualquiera otra cosa, o sustituida por una simple marca. Por si fuera poco, del espacio como intervalo se pueden destacar las simples distensiones según alto, ancho y profundo. Esto así destacado, en latín *abstractum*, lo concebimos como la pura diversidad de las tres dimensiones. Sin embargo, lo que espacia esta diversidad no se determina ya más por medio de distancias, no es ningún spatium más, sino sólo *extensio* —extensión. Pero, el espacio como *extensio* se puede abstraer todavía más, a saber, como relaciones analítico-algebraicas. Lo que éstas espacian es la posibilidad de la pura construcción matemática de diversidades con *cuantasquiera* dimensiones. Se puede llamar a eso espaciado matemáticamente »el« espacio. Pero, »el« espacio en este sentido no contiene espacios, ni sitios. En él jamás encontramos nosotros lugares, esto es, cosas del tipo del puente. Bien por el contrario, en los espacios que son espaciados por lugares, yace, inversamente, siempre el espacio en cuanto intervalo y en éste, a su vez, el espacio como pura extensión. *Spatium* y *extensio* ofrecen siempre la posibilidad de medir las cosas y lo que ellas espacian según distancias, según trechos, según direcciones y la posibilidad de calcular esa medida. Pero, en ningún caso, los números-medida y sus dimensiones, porque sean aplicables, *en general*, a todo lo extenso, son también ya el *fundamento* de la esencia de los espacios y lugares, que son medibles con ayuda de lo matemático. Hasta qué punto fue forzada también por el mismo asunto la física moderna a concebir el *medium* espacial del espacio cósmico como unidad de campo, que es determinado por medio de los cuerpos en cuanto *centrum* dinámico, no puede ser elucidado aquí.

Los espacios que nosotros recorremos cotidianamente, están espaciados por lugares; su ser se fundamenta en cosas del tipo de las construcciones. Si prestamos atención a estas referencias entre lugar y espacios, entre espacios y espacio, entonces ganamos un punto de apoyo para meditar la relación entre hombre y espacio.

Cuando se habla de hombre y espacio, entonces eso se entiende como si el hombre estuviera por un lado y el espacio por otro. Pero, el espacio no es nada contrapuesto al hombre. No es ni un objeto exterior, ni una vivencia interior. No hay hombres y además *espacio*; pues, si yo digo »un hombre« y pienso con esa palabra aquello que es de modo humano, esto es, que habita,

entonces menciono yo con el nombre »un hombre« ya la morada en lo cuadrante junto a las cosas. Incluso, también cuando nos relacionamos con cosas que no están en cercanía asible, nos mantenemos junto a las cosas mismas. No concebimos simplemente las cosas lejanas —como suele enseñarse— interiormente, de tal manera que, como sustituto de las cosas lejanas, en nuestro interior y en nuestra cabeza, discurren sólo imágenes de ellas. Si ahora nosotros —todos nosotros— pensamos desde aquí en el viejo puente de Heidelberg, entonces el pensar en aquel lugar no es ninguna mera vivencia en las personas aquí presentes; más bien pertenece a la esencia de nuestro pensar *en* el citado puente, que este pensar trans-porte en sí la lejanía a ese lugar. Desde aquí estamos nosotros allí, en el puente, y no, por ejemplo, en un contenido representativo de nuestra conciencia. Incluso, desde aquí podemos estar más cerca a aquel puente y a lo que espacia, que quien lo utiliza diariamente, como indiferente pasar el río. Espacios y con ellos »el« espacio, están siempre ya espaciados en la morada de los mortales. Espacios se abren siendo introducidos en el habitar del hombre. Los mortales *son*, esto dice: *habitando* trans-portan espacios sobre el fundamento de su morada junto a cosas y lugares. Y sólo porque los mortales, conforme a su esencia, trans-portan [durch-stehen] espacios, pueden trans-itar [durch-gehen] espacios. Pero, en el ir no abandonamos a aquel portar. Más bien, vamos siempre a través de espacios, que nosotros soportamos ya en ello, manteniéndonos constantemente en los lugares y cosas cercanas y lejanas. Cuando yo voy hacia la salida de la sala, yo estoy ya allí y no podría ir hacia allí, si yo no fuera de manera tal que estoy allí. Yo no estoy jamás sólo aquí, en cuanto este encapsulado cuerpo, sino que yo estoy allí, esto es, trans-portando ya el espacio y sólo así puedo yo trans-itarlo.

Aunque los mortales »entren en sí mismos«, no abandonan con ello la pertenencia a lo cuadrante. Cuando nosotros —como se suele decir— reflexionamos sobre nosotros mismos, venimos en retorno a nosotros mismos desde las cosas, *sin abandonar*, en cada caso, la morada junto a las cosas. Incluso la pérdida de relación con las cosas que ocurre en situaciones deprimentes, no sería, pues, posible, si no permaneciera también en estas situaciones lo que es algo humano, a saber, una morada *junto a* las cosas. Sólo si esta morada determina ya el ser-hombre, pueden *no* decirnos nada las cosas en las que estamos, no concernirnos ya *en nada*.

El vínculo del hombre con lugares y, por medio de lugares, con espacios, estriba en el habitar. La relación de hombre y espacio no es otra cosa que el habitar esencialmente pensado.

Si nosotros pensamos y repensamos, de la manera intentada, la referencia entre lugar y espacio, pero también la relación de hombre y espacio, se arroja

entonces una luz sobre la esencia de las cosas, que son lugares y que nosotros llamamos construcciones.

El puente es una cosa de tal tipo. El lugar introduce el despliegue unitario de Tierra y Cielo, de los Divinos y los Mortales en un paraje, erigiendo el paraje en espacios. El lugar espacia a lo cuadrante en un doble sentido. El lugar *admite* a lo cuadrante y el lugar *erige* a lo cuadrante. Ambos, a saber, espaciar como admitir y espaciar como erigir se copertencen. En cuanto el doble espaciar es el lugar una custodia [Hut] de lo cuadrante o, como dice la misma palabra: un *Huis*, una *Haus* [casa]. Cosas del tipo de tales lugares *encasan* [behausen] la morada de los hombres. Cosas de este tipo son caseríos [Behausungen], pero no necesariamente habitaciones en sentido estricto.

El producir tales cosas es el construir. Su esencia estriba en que corresponda al tipo de esas cosas. Estas son lugares, localizan espacios. Por eso, el construir, porque erige lugares, es un fundar y tramar espacios. Porque el construir produce lugares, viene con la juntura de sus espacios necesariamente también el espacio como *spatium* y como *extensio* en la trama cósmica de construcciones. Sólo que el construir no forma jamás «al» espacio. Ni inmediata ni mediatamente. Sin embargo, el construir, porque produce cosas como lugares, está más cerca de la esencia de los espacios y de la proveniencia esencial «del» espacio, que toda Geometría y Matemáticas. El construir erige lugares, que espacian un paraje a lo cuadrante. Del despliegue-unitario al que pertenecen mutuamente Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales, *acoge* el construir la *indicación* para su erigir lugares. De lo cuadrante *asume* el construir la medida para todo dia-metrar y para cada medir a los espacios, que, en cada caso, están espaciados por medio de los lugares fundados. Las construcciones guarecen a lo cuadrante. Son cosas que, a su manera, protegen a lo cuadrante. Proteger a lo cuadrante, salvar a la Tierra, acoger al Cielo, esperar a los Divinos, conducir a los Mortales, este cuádruple proteger es la sencilla esencia del habitar. Así, pues, las construcciones legítimas acuñan al habitar en su esencia y *encasan* a esta esencia.

El construir caracterizado es un notable dejar-habitar. Si de hecho *es* eso, entonces ya ha *correspondido* el construir al aliento de lo cuadrante. Sobre este corresponder queda fundamentado todo planear que, por su parte, abre el ámbito adecuado al proyectar en planos.

Tan pronto como intentamos pensar la esencia del construir erigidor desde el dejar-habitar, experimentamos más claramente en qué estriba aquel producir, en el que se realiza el construir. Comúnmente tomamos el producir como una actividad, cuya ejecución tiene por consecuencia un resultado, la construcción lista. Se puede concebir así el producir y con ello se capta algo correcto; sin embargo, jamás encuentra su esencia, consistente

en pro-ducir [herbringen] que a-duce [vorbring]. El construir *aca-rrea*, a saber, lo cuadrante en una cosa, el puente, y *a-duce* la cosa como un lugar en lo ya *presente*, que ahora es espaciado ante todo *por medio* de este lugar.

Pro-ducir se dice en griego *τίχτω*. A la raíz *tec* de este verbo pertenece la palabra *τέχνη*, Técnica. Esta no significa para los griegos ni arte, ni artesanía, sino: dejar aparecer algo en lo *presente*, en cuanto esto o lo otro, así o de otra manera. Los griegos piensan la *τέχνη*, el pro-ducir, desde el dejar-aparecer. La *τέχνη* que de esa manera está por pensar, se oculta desde antaño en lo tectónico de la Arquitectura. Se oculta modernamente aún y más decisivamente en lo-técnico de la técnica de máquinas motrices. Pero, la esencia del pro-ducir constructor no se deja pensar suficientemente ni desde el arte de la construcción, ni desde la Ingeniería de la construcción, ni desde un simple acoplamiento de ambos. El pro-ducir constructor *tampoco* sería determinado adecuadamente si quisiéramos pensarlo, en el sentido de la originaria *τέχνη* griega, *sólo* como dejar-aparecer, que coloca algo pro-ducido como algo *presente* en lo ya *presente*.

La esencia del construir es el dejar-habitar. La realización de la esencia del construir es el erigir lugares por medio del tramar sus espacios. *Sólo si nosotros tenemos el poder de habitar, podemos construir*. Pensemos por un rato en un feudo [Hof] de la Selva Negra, al cual construyó todavía el habitar campesino hace dos siglos. Aquí la instancia del poder de dejar introducir en las cosas, *desplegándose unitariamente*, a Tierra y Cielo, los Divinos y los Mortales, ha dirigido la casa. Ha puesto el feudo en la ladera de la montaña, protegida de los vientos; contra el mediodía, entre la pradera, en la cercanía de los manantiales. Se le ha puesto el tejado con mucho resalte, tejado que soporta con su inclinación adecuada el peso de la nieve y llegando muy abajo, protege a los aposentos de las tormentas de las largas noches invernales. No se ha olvidado el rincón-de-Dios detrás de la mesa común; se ha espaciado el lugar sagrado para el puerperio y Totenbaum [árbol del muerto] —así se llama allí al ataúd—, en los aposentos y así ha diseñado a las diferentes edades de la vida bajo un techo, el cuño de su curso a través del tiempo. Una artesanía, originada en el mismo habitar, que emplea aún sus herramientas y andamios como cosas, ha construido el feudo.

Sólo si tenemos el poder de habitar, podemos construir. La alusión al feudo de la Selva Negra, no mienta, en absoluto, que debamos y podamos retroceder al construir de esos feudos, sino que ilustra en un habitar *pasado* cómo él tenía el poder de construir.

Pero, el habitar es el *rasgo fundamental* del ser, conforme al cual son los mortales. Quizás que por medio de este intento de pensar el habitar y construir se haga más claro en torno a que el construir pertenece al habitar y cómo

recibe su esencia de él. Se habría ganado suficientemente si entraran habitar y construir en lo *digno-de-ser-preguntado* y permanecieran así como algo *digno-de-ser-pensado*.

Sin embargo, que el mismo pensar pertenece al habitar en el mismo sentido que el construir, sólo que de otro modo, podría atestiguarlo el camino-pensar aquí intentado.

Construir y pensar, según sus clases respectivas, son indispensables para el habitar. Pero ambos son también insuficientes para el habitar, mientras impulsan lo de cada uno aisladamente, en lugar de oírse mutuamente. Tendrían este poder, si ambos, construir y pensar, que pertenecen al habitar, quedan en sus límites y saben que tanto el uno como el otro vienen del taller de una larga experiencia e incesante ejercitación.

Nosotros intentamos meditar la esencia del habitar. El próximo paso en este camino sería la pregunta: ¿qué pasa con el habitar en nuestro meditable tiempo? Se habla por todas partes, y con fundamento, de la penuria habitacional. No sólo se habla, se pone manos a la obra. Se intenta solventar la penuria por medio del acondicionamiento de habitaciones, por medio de la exigencia de la construcción de viviendas, por medio de la planificación de todas las construcciones. Tan dura y amarga, tan paralizante y amenazadora como sea la penuria de habitaciones, la *auténtica penuria del habitar* no consiste ante todo en que falten habitaciones. La auténtica penuria de habitaciones es también más vieja que la Guerra Mundial y las destrucciones; más vieja también, pues, que el aumento del número de la población sobre la Tierra y que la situación del trabajador industrial. La auténtica penuria del habitar estriba en que los mortales tendrían ante todo que buscar nuevamente la esencia del habitar, en que ellos *tendrían que aprender ante todo a habitar*. ¿Qué, si la falta-de-patria del hombre consistiera en que el hombre aún no medita, en absoluto, la penuria habitacional *en cuanto la* penuria? Sin embargo, tan pronto como el hombre *medita* la falta-de-patria, no es ya ninguna miseria más. Es, meditada rectamente y mantenida buenamente, el único aliento que *voca* a los mortales al habitar.

Pero, ¿de qué otra manera podrían los mortales *corresponder* a ese aliento que intentando ellos por *su* parte, por sí mismos, llevar el habitar a la plenitud de su esencia? Realizan eso si construyen por el habitar y piensan para el habitar.

Traducción: Francisco Soler

Al publicar este Catálogo General de la *Revista de Filosofía* queremos ofrecer un primer panorama sobre el trabajo filosófico en Chile, trabajo del cual, durante muchos años, la *Revista de Filosofía* fue su principal órgano de expresión. Bajo la dirección del profesor. Félix Schwartzmann, la *Revista de Filosofía* alcanzó una óptima acogida en el país y en el extranjero, gracias a la calidad de su material y su impecable presentación. Queremos que este trabajo nuestro sea también un signo de reconocimiento a Félix Schwartzmann, miembro actual del Consejo de nuestra Revista.

La Dirección de *Teoría*